

PLAZA PUBLICA

Humanidades

FERMIN BOCOS

PARA darse cuenta de hasta qué punto los españoles andamos muy necesitados de estudio en materia de Humanidades basta con hacerse con un par de periódicos. La prueba resulta concluyente: unos elevan las Humanidades hasta la cumbre de las mayúsculas y otros las prefieren -y así lo escriben- con minúscula.

Tantas han sido las leguas recorridas en los últimos años en el desprecio a lo tradicional en materia de enseñanza que, por exceso de error o de entusiasmo, a punto estábamos de encallecer en la fobia hacia el estudio de la historia, la lengua o los clásicos. A punto estábamos de llamar progreso a la ignorancia.

Que haya sido menester reunir una comisión para concluir que el dominio de la lengua escrita debe ser uno de los objetivos preferentes de la enseñanza, es descorazonador. Que a estas alturas de la película -con el acueducto de Segovia peinando canas impertérrito desde los días de Roma- haya que recordar que debería reforzarse la enseñanza de la historia, también abre las puertas a la melancolía. Por no hablar de la más ingenua y encomiable de cuantas recomendaciones osó firmar la mencionada comisión de Humanidades. Me refiero a la que concluye que es necesario ampliar el tiempo que los jóvenes dedican a leer, «a poder ser de textos de autores españoles y clásicos de la literatura universal».

Dicho lo cual, no quiero que por falta de espacio quede fuera una línea de encomio hacia la ministra Aguirre y los ocho consejeros de Educación de las Comunidades Autónomas que, conscientes del piélago hacia el que navegamos, han decidido detener la maniobra y consultar los mapas.

Ojalá que no sea demasiado tarde para evitar el naufragio.